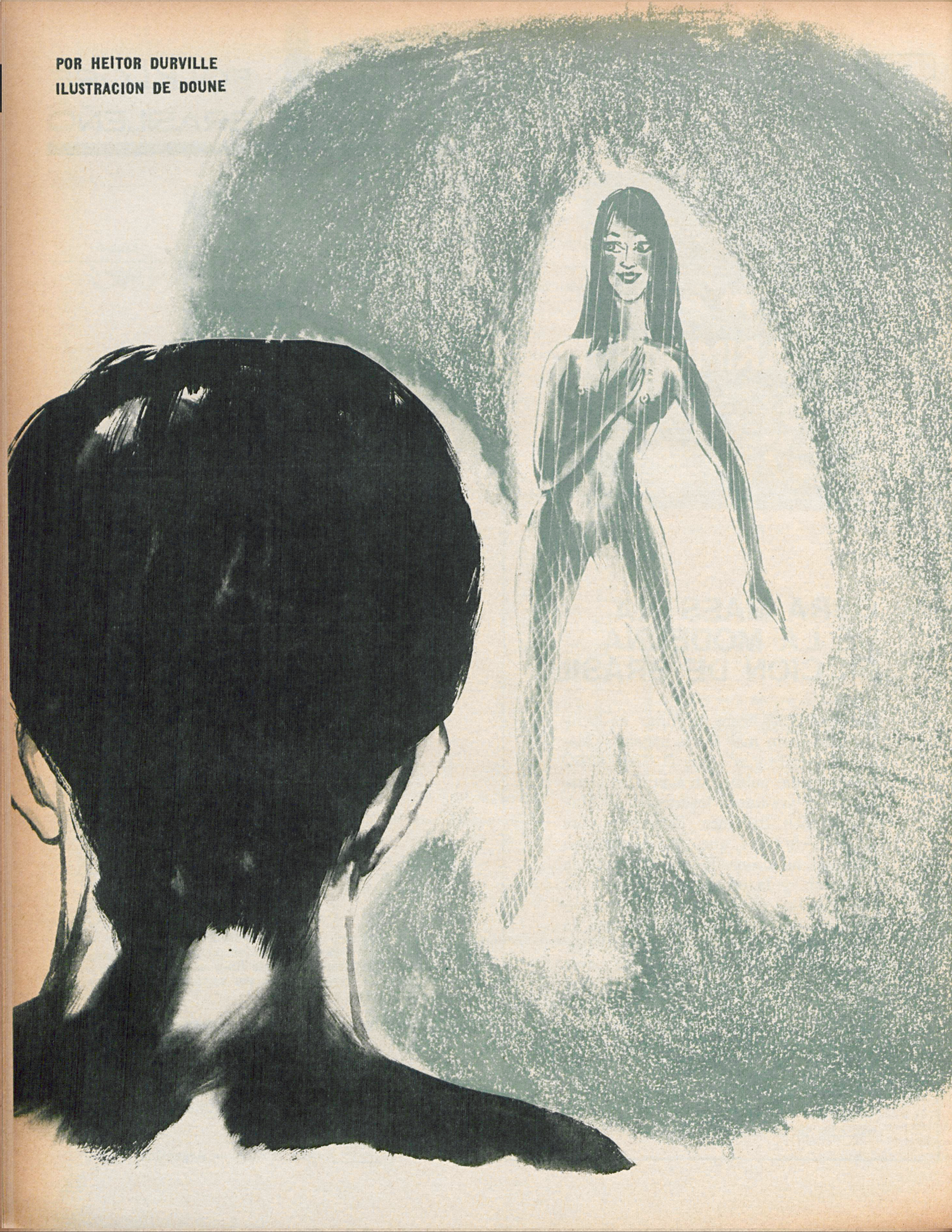
POR HEITOR DURVILLE
ILUSTRACION DE DOUNE



DETRAS DE LA CORTINA DE SILENCIO — V

LA MUJER DEL OTRO MUNDO

En el capítulo anterior de esta sensacional serie de reportajes, que vienen alcanzando enorme repercusión y los más encendidos debates entre los investigadores del enigma de los "discos voladores" y entre legos en el asunto, Heitor Durville relató cómo el hacendado Antonio Villas Bôas fue forzado a entrar en un extraño aparato, por seres que vestían, aparentemente, escafandras espaciales. Una vez en el interior de la nave, Antonio fue despojado de sus ropas, lavado con un líquido volátil y sometido a extracción de sangre. Después, fue dejado por algún tiempo a solas, en un compartimiento en el cual penetraba un gas no identificado. Se sintió mal, y ya no sabía qué suerte le aguardaba, cuando la puerta se abrió y por ella fue introducida una mujer pequeña, de cabellos claros, rostro triangular, ojos muy rasgados. Pero, lo que más perplejo lo dejó fue que esa mujer no llevaba sobre el cuerpo vestimenta alguna.

En esta transcripción que estamos haciendo del informe secreto del hacendado Antonio Villas Bôas, nos sentimos obligados, ahora, a saltar un cierto trecho, que sólo narraremos escuetamente. Como ya dijimos antes, esta declaración fue tomada después de un interrogatorio que duró varias horas. Antes de ello, el testigo pasó por varias experiencias planeadas fríamente que pusieron a prueba su equilibrio, su honestidad, su ambición, su coherencia de actitudes y de intenciones. Los más diversos métodos de intimidación contra el intento de soborno, le fueron aplicados con el objeto de verificar si él desmentía, contradecía o demostraba estar elaborando una mixtificación por vanidad o deseo de lucro.

Antonio Villas Bôas, resistió a todas esas pruebas, aplicadas por los expertos investigadores brasileños João Martins y Olavo Fontes, además de otras autoridades especializadas. También fueron analizados su vida y su pasado, con buenos resultados para él. Y además, fue sometido a un examen médico que aportó un sorprendente indicio — el indicio más intrigante a favor de su historia — y sobre el cual hablaremos más tarde.

La declaración que estamos reproduciendo, sabemos que no fue dada en el orden en que está escrita, ni con estas mismas palabras.

El hacendado Villas Bôas fue respondiendo a las preguntas que le fueron formuladas, muchas de las cuales hechas con la intención de verificar si incurría en alguna contradicción o caía en detalles sospechosos. De todo el interrogatorio fue extraído el relato concatenado que aquí divulgamos por primera vez, pues hasta ahora era mantenido en el más riguroso sigilo.

Cómo lo hemos conseguido, es cosa que no podemos revelar, por razones propias y en defensa de nuestra ética profesional. Lo que sí garantizamos, es que no ha sido tarea de las más fáciles.

¿PROCREACION INTERPLANETARIA?

La declaración de Antonio Villas Bôas continúa, desde el punto en que lo interrumpimos en el anterior reportaje, con la entrada de una mujer en el compartimiento cerrado en el cual él se encontraba, ante su asombro, pues ella estaba completamente desnuda. Según sabemos, les costó gran dificultad a los investigadores el arrancar detalles de lo que siguió, pues el hacendado, como es normal en un hombre de campo, no tenía la menor voluntad de entrar en detalles sobre un tema que le parecía impropio, según sus convicciones morales. Lo cierto es que hubo una experiencia de procreación. ¿Sería aquella mujer un ejemplar femenino normal perteneciente a la raza de aquellos extraños seres, cuya procedencia ignoramos? ¿O sería sólo una "cría", una cobaya, de alguna raza de nuestro planeta, que ellos hubiesen mantenido para ese fin? Sólo conjeturas pudieron hacerse. El testigo no vio a ninguno de los otros seres sin las "escafandras" que los cubrían casi totalmente, y de esa manera era imposible comprobar si eran semejantes a aquella mujer. Por otra parte, basados en la altura de Villas Bôas (1,64 m.), los investigadores calcularon que los tripulantes del aparato deberían tener aproximadamente 1,57 m. de altura, como promedio. La mujer, mediante ese mismo proceso de cálculo, medía como máximo 1,33 m. de estatura. Los otros datos que se pueden tener al respecto, son los siguientes:

a) — Ella se expresaba por medio de los mismos "gruñidos" incomprensibles, con que se comunicaban los otros tripulantes entre sí.

b) — Ella respiraba el mismo aire que Villas Bôas respiraba. Eso eliminaría la necesidad de las "escafandras" para los otros tripulantes, si ellos fuesen semejantes. Pero debemos observar que en el compartimiento en el cual ella permaneció sin escafandra, el aire estaba mezclado con aquel gas mencionado por Villas Bôas y que él cree fue la causa de las náuseas. Ese gas podría ser un componente que permitiría a la mujer respirar sin escafandra en caso de que ella fuera semejante a los otros seres.

c) — El aspecto general de la mujer no era muy diferente al de una terrestre, excepto el tamaño excesivamente pequeño. Los pómulos del rostro muy sobresalientes, así como otras de sus características, pueden ser encontradas en algunas razas de nuestro planeta. Su piel era muy blanca y tenía muchas pecas en los brazos, lo que tampoco representa nada de extraordinario. No exhalaba ningún olor especial ni usaba ninguna especie de maquillaje.

d) — Las actitudes de la mujer tampoco presentaban anomalías, a no ser que ella parecía desconocer el beso.

Como se comprueba, esos precarios datos no permiten ninguna conclusión. Volviendo a la narración de Villas Bôas, lo que se sabe es que a pesar de las circunstancias tan especiales que rodeaban su presencia en aquel compartimiento de un extraño aparato, los seres u hombres del aparato consiguieron lo que aparentemente deseaban, o sea, una experiencia de procreación entre un hombre de la Tierra y la cobaya que le presentaron.

Tampoco eso significa nada de absurdo, desde el punto de vista físico o psicológico, ante el estudio que fue realizado sobre la personalidad del testigo, mediante el cual se constató que él no era un hombre cobarde, débil, nervioso o acomplejado, sino todo lo contrario.

Desde el punto de vista científico, tal experiencia, y fuera la mujer de raza terrena o nó, sería completamente lógica y válida, dentro de un plan general de exploraciones y estudios de un planeta y de los seres que en él viven. Cualquier biólogo quedaría fascinado ante tal perspectiva. Y en verdad, entre los muchos casos de "contactos" con tripulantes de "discos", éste es el que ha parecido más objetivo, más comprensible, más aceptable fuera del plan místico.

PROSIGUE LA DECLARACION

Volvemos a transcribir fielmente la declaración de Villas Bôas, a partir del momento en que surgieron los seres nuevamente y se llevaron a la mujer, fuera del compartimiento donde se encontraba el hacendado:

— Después entró uno de los seres trayendo mi ropa e indicándome por medio de señas que me vistiese, a lo que obedecí en silencio. Todas mis cosas estaban en los

bolsillos. Sólo faltaba mi encendedor, que no sé si fue tomado por ellos o lo perdí durante la lucha allá afuera.

Inmediatamente, volvimos a la otra sala. Tres de los tripulantes estaban sentados en las referidas sillas giratorias, conversando (o mejor dicho, gruñendo) entre sí. El que estaba conmigo se unió a ellos, dejándome en medio de la sala, cerca de la mesa que ya mencioné antes. Yo me sentía ahora más tranquilo, pues me parecía que no pretendían causarme daño alguno. Mientras se comunicaban por medio de aquellos sonidos incomprensibles, procuré observar y guardar en la memoria todos los detalles sobre lo que veía (paredes, muebles, vestimentas, etc.). En un momento dado, reparé que encima de la mesa, cerca de los seres, había una caja cuadrada de tapa transparente protegiendo el mostrador. Dentro, había un puntero y una marca negra en el lugar que, en un reloj, correspondería a las seis. Marcas semejantes existían también en los puntos correspondientes a las 3 y las 9. En el lugar de las 12 era diferente: había cuatro pequeñas marcas negras.

En ningún momento vi el movimiento del puntero.

Entonces tuve la idea de tomar aquello para mí, como una prueba material de mi aventura. Me aproximé lentamente y repentinamente tomé la caja. Era pesada, debía pesar más de dos kilos. Pero no tuve siquiera tiempo de examinarla mejor. Uno de los tripulantes se levantó rápidamente y me arrancó la caja de las manos, empujándome hacia un lado, y colocándola nuevamente en el mismo lugar. Me aparté entonces, hasta sentir junto a la espalda el contacto de la pared más próxima. Intenté arañar la pared con las uñas pretendiendo desprender algo de ella para poder salir de allí. Pero las uñas resbalaban en una superficie pulida, de metal duro. Nada conseguí y quedé esperando lo que sobrevendría.

No volví a ver a la mujer. Creo que ella debería estar en un compartimiento situado en la parte delantera de aquella sala, donde no llegué a entrar. La puerta estaba semicerrada y oí ruidos provenientes de aquel lugar. Imagino que aquel compartimiento debería ser la cabina de mando. Finalmente, uno de aquellos seres se levantó y me hizo señas para que lo acompañara. Los otros continuaron sentados, sin mirarme. Caminamos en dirección a la salita de entrada y fuimos hasta la puerta exterior, que estaba abierta, con la escalerilla tendida. Pero no descendimos, pues mi acompañante me hizo otra seña para que lo acompañara en dirección a una plataforma que había a ambos lados de la puerta. Esa plataforma rodeaba el aparato y, aunque estrecha, permitía andar sobre ella, hacia los dos lados. Primero fuimos hacia adelante.

Noté una especie de proyección metálica de forma cuadrada, que salía hacia un costado (había otra igual sobre el lado opuesto). Si aquellas piezas no fueran tan pequeñas, juzgaría que se trataban de alas. Tal vez sirviesen para moverse para arriba o hacia abajo, orientando la subida o el descenso. Pero en ningún momento, ni cuando el aparato levantó vuelo, noté en ellas movimiento alguno. Por lo tanto, no sé explicar para qué servían.

Más adelante el hombre (o lo que fuese), apuntó, mostrando las tres astas de metal que mencioné, sólidamente enclavadas en la punta del aparato, como si fueran tres espolones. Eran de largura y forma semejante, bien gruesas en la base y afinadas en las puntas. Todas ellas estaban en posición horizontal. No sé si eran del mismo metal del cuerpo del aparato, porque de ellas salía una ligera fosforescencia rojiza, como si estuviesen candentes. No obstante, no sentí calor alguno.

En la base de implantación de cada uno de los espolones, un poco más arriba, había luces rojizas empotradas. Las laterales eran más pequeñas y redondas. La del frente era enorme, redonda también, correspondiendo al farol delantero que ya describí. Otras innumerables luces, cuadradas, pequeñas y semejantes en aspecto a las que eran usadas en la iluminación interna, contornaban el cuerpo del aparato, algo arriba de la plataforma, sobre la cual arrojaba una claridad violácea.

En la parte del frente, la plataforma no daba la vuelta completa, terminando junto a una especie de vidrio grueso y largo, saliente y alargado en los costados, fuertemente empotrado dentro del metal. Tal vez serviría para que los tripulantes pudieran mirar hacia afuera, ya que no había ventanas en parte alguna. Pero, visto desde afuera, como yo lo vi, parecía muy empañado. En cuanto a los tres espolones, tal vez servían para soltar la energía que daba movimiento al aparato, porque cuando alzó vuelo la luminosidad que se desprendía de ellos aumentó extraordinariamente el brillo, confundiéndose con la luz de los faroles.

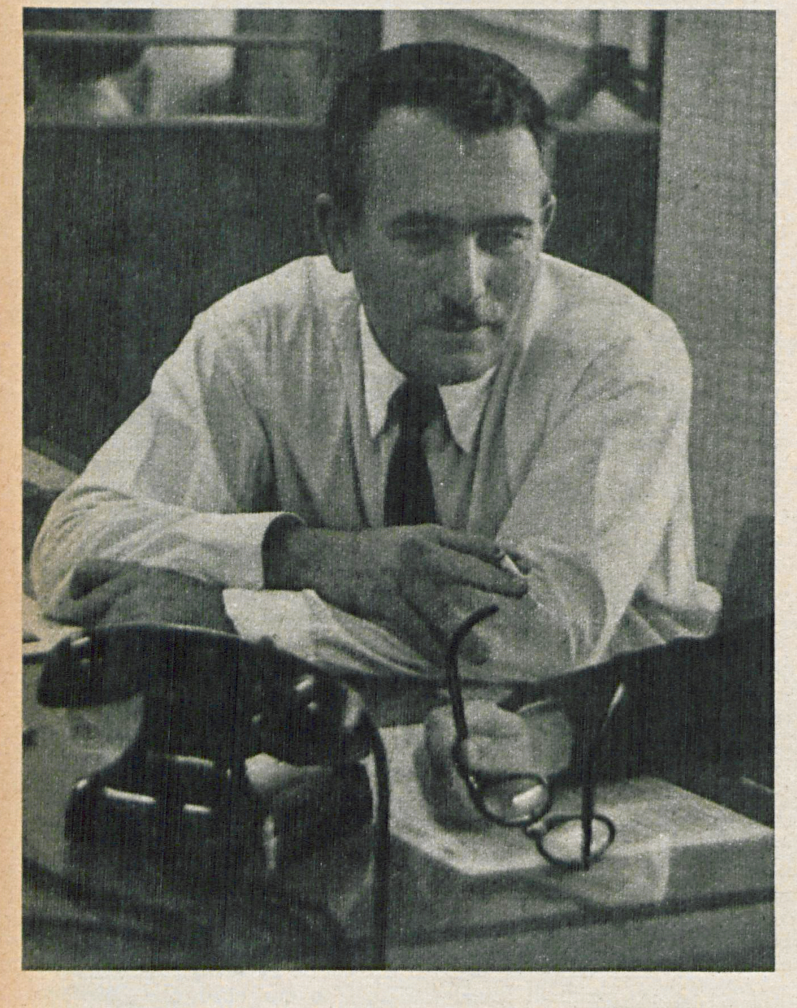
Volviendo a la parte trasera del aparato, que era más voluminosa que la delantera, mi acompañante se detuvo por momentos y apuntó hacia arriba, donde giraba la enorme cúpula en forma de plato. Giraba lentamente, toda iluminada por una fosforescencia verdosa. Aun en movimiento lento se oía un ruido parecido al aire succionado por un aspirador, algo así como especie de silbido. Más tarde, cuando el aparato comenzó a levantarse del suelo, aquel plato giratorio aumentaría tanto su velocidad hasta el punto de tornarse invisible, quedando sólo por ver la luz, cuyo brillo después también aumentó bastante y cambió de color, pasando al rojo vivo. En ese momento, también se hizo más fuerte el sonido (denotando su relación con la velocidad de rotación del plato), transformándose en un verdadero zumbido o chillido penetrante y fuerte.

Me pareció que había una pequeña luz rojiza en el centro de aquella cúpula o plato giratorio. El movimiento me impidió verificarlo con exactitud.

Pasando a la parte trasera del aparato, bien atrás, en el lugar donde saldría, por ejemplo, la cola de un avión, había una pieza de metal rectangular, colocada en posición vertical, de adelante hacia atrás, cruzando la plataforma. Pero era bajita, ya que su altura apenas llegaba a mis rodillas. Pude pasar fácilmente por encima de ella para ir al otro lado y volver. A uno y otro lado de la pieza, noté dos luces empotradas de color rojizo, con la forma de dos trazos gruesos y oblicuos hacia afuera.

Por otra parte, cuando el aparato subió y se detuvo en el espacio, a cierta altura, aquella pieza se movió antes de doblar bruscamente, cambiando de dirección, y desplazándose a fantástica velocidad.

Volvimos hasta la puerta. Mi guía señaló hacia la escalera y me instó a descender. Obedecí y cuando pisé el suelo, miré hacia arriba. El todavía permanecía en aquel lugar. Apuntó entonces hacia él mismo, haciéndolo inmediatamente hacia la tierra y luego hacia el cielo en dirección al Sur. Aún hizo una seña para que yo me apartase y desapareció dentro de la nave. La escalera de metal comenzó a recogerse disponiéndose las gradas unas pegadas a las otras, como una pila de tablas. Cuando llegó arriba, a la puerta (que cuando estaba abierta formaba una plataforma), se encajó en la pared del aparato, quedando prácticamente invisible. Las luces de los espolones metálicos, de los faroles



J. MARTINS MANTUVO EN SIGILO EL CASO VILLAS BOAS.



EL DR. OLAVO FONTES, PROFUNDIZO LA INVESTIGACION.

y del plato giratorio se hicieron más fuertes, mientras este último rodaba cada vez más de prisa. El aparato comenzó a subir lentamente en forma vertical. En este momento, las tres astas del trípode sobre el cual estaba posado se recogieron hacia los costados, mientras la pieza inferior de cada una (más fina, rolliza y terminando en un pie alargado) comenzó a entrar en la pieza de arriba (bastante más gruesa y cuadrada). Después, la pieza de encima comenzó a entrar en el fondo del aparato. Finalmente, sólo se veía un fondo completamente liso.

El aparato siguió elevándose lentamente en el espacio, hasta alcanzar una altura de unos treinta o cincuenta metros. Ahí se detuvo por unos instantes, al mismo tiempo que su luminosidad se tornaba aún más intensa. El zumbido se hizo más fuerte y el plato giratorio comenzó a girar a una velocidad espantosa, mientras su luz adquiría varios tonos hasta quedar en un rojizo. En ese momento, el aparato cambió bruscamente de dirección, haciendo un ruido más fuerte, una especie de "trac" (fue en esa ocasión cuando vi la pieza trasera moviéndose a un lado). Luego, se inclinó ligeramente y aquella aeronave extraña partió como una bala en dirección al Sur, a tan grande velocidad que desapareció en pocos segundos.

Entonces, regresé a mi tractor. Cuando dejé el aparato, eran aproximadamente las 5 y 30 de la mañana. Calculo que yo entré en el aparato a la 1 ó 1 y 15. Por lo tanto estuve dentro más de cuatro horas. Mucho tiempo.

Cuando quise conectar el motor del tractor, vi que seguía sin funcionar. Busqué algún posible defecto y descubrí que uno de los cables de la batería había sido destornillado y estaba fuera de lugar. Aquello había sido trabajo de alguien, pues un cable de batería bien ajustado (en la víspera lo había revisado), no se suelta solo.

OBSERVACIONES DE LOS INVESTIGADORES

Así termina la narración del hacendado Antonio Villas Bôas, tal como consta en la declaración mantenida hasta ahora en secreto por el Dr. Olavo Fontes, agente de APRO, por el periodista e ingeniero João Martins y por las autoridades de los Servicios Secretos especializados en el asunto. Alegan ellos que el caso no presenta pruebas suficientes para su divulgación. Mientras tanto, en el mismo informe se pueden leer las siguientes observaciones:

— Durante aproximadamente cuatro horas el testigo fue sometido a un interrogatorio minucioso, procurando esclarecer ciertos detalles, intentando sorprenderlo en contradicciones, pretendiendo llamar su atención sobre hechos inexplicables de su historia, para ver si quedaba confuso o apelaba a su imaginación.

— El no presentaba ningún síntoma psicopático. Sosegado, hablando con desembarazo, sin mostrar tics nerviosos o señales de inestabilidad emocional, todas las reacciones que tuvo ante las preguntas, fueron completamente normales. En ningún momento titubeó o perdió el control de su relato. Sus vacilaciones correspondían exactamente a lo que se podía prever de un individuo, en una situación extraña, que no encontraba explicación para ciertos hechos. En esas ocasiones, aún sabiendo que las dudas expresadas en ciertas preguntas podrían conducir a la incredulidad, respondía con simplicidad: "Eso yo no lo sé. Eso no lo puedo explicar".

— Los detalles del encuentro con la mujer le fueron arrancados con gran esfuerzo. Se mostraba embarazado y avergonzado. Tuvo reacciones compatibles con lo que se esperaría de una persona psicológicamente normal dentro de sus condiciones de educación y medio ambiente.

— No notamos en él tendencia alguna a la superstición o misticismo. No pensó que los tripulantes del aparato fuesen ángeles, superhombres o demonios. Deshechó la idea de que algunos de sus actos hubieren sido ejecutados bajo el dominio mental o sugestión telepática de sus capturadores. Afirmó ser dueño de sus actos y pensamientos durante la aventura.

A pesar de no haber conseguido nada después de hábiles interrogatorios, de métodos psicológicos y atemorización y coacción, de insinuarle la posibilidad de ver su retrato en los periódicos y de ganar dinero si procurase a determinadas personas con su historia (para comprobar si lo movía la vanidad o ambición), de someterlo a exámenes médicos y psiquiátricos, de interrogar nuevamente detalles de su narración después de transcurridas varias semanas, a fin de sorprenderlo en alguna contradicción, el Dr. Fontes, el Dr. Martins y sus compañeros de investigación, decidieron archivar el caso "para esperar la aparición de un nuevo caso en otro lugar, de características semejantes".

La historia de Antonio Villas Bôas, pese a todo lo que hicieron para destruirla, es, según ellos y de acuerdo con la tradición establecida por los Servicios de Inteligencia de varios países, "demasiado fantástica para ser aceptada como verídica".

Lo que ellos no pudieron explicar — y los dejó atónitos en su sistemática incredulidad, en su inamovible escepticismo — ha sido la conclusión del riguroso examen clínico al que Antonio Villas Bôas fue, pues, sometido. Para asombro de todos, para confusión general, el hacendado presentaba los síntomas típicos de alguien que hubiera estado expuesto a una irradiación moderada, suficiente para alterarle el equilibrio orgánico por algún tiempo, conforme hará constar el fallo clínico que publicaremos en reportaje próximo.

Convengamos que para la hipótesis levantada por los investigadores a cierta altura del informe, de que el Sr. Antonio Villas Bôas sea "un mentiroso extremadamente hábil, un mixtificador dotado de una imaginación admirable y de una inteligencia rara en un hombre de su clase, capaz de forjar una historia original, completamente diferente respecto a lo que apareció en su género; tiene una memoria superdotada, ya que la mantiene inalterable en los menores detalles, en cualquier circunstancia y aún después de mucho tiempo", el humilde hacendado ha elaborado con esmero imprevisto su "mixtificación". Asimismo, sin prever que tendría que pasar por tantos tests, trató de exponerse a irradiaciones (¿dónde, cómo?), en dosis suficiente como para presentar síntomas convincentes.

¿Cuántos otros Villas Bôas, cuántas otras declaraciones estarán aún ocultas detrás de la espesa cortina de silencio, que ha sido tendida por varios intereses de distintos órdenes, sobre el fascinante enigma de los llamados "platos voladores"?

EN EL PROXIMO NUMERO

El reportero internacional Heitor Durville publicará el fallo médico, resultado del examen al cual fue sometido el hacendado Antonio Villas Bôas, y que constituyó un perturbador e indesechable indicio de veracidad en su declaración. Y finalizará esta serie en torno del misterio de los "discos voladores" con otros hechos igualmente sensacionales.